

—A ti, Roberto de Estourville, señor de Villebon, preboste de París; yo Benvenuto Cellini, platero, estatuero, pintor, mecánico é ingeniero, hago saber que S. M. el rey Francisco I, me ha dado en propiedad libremente y como era su derecho, el Gran Nesle. Pero como lo mantienes insolentemente, y como contra el deseo real rehusas entregármelo, te declaro, pues, Roberto de Estourville, señor de Villebon, preboste de París, que vengo á tomarlo por fuerza. Así, defiéndete, y si resulta algun mal de tu obstinacion, sabe que tú eres quien responderá en la tierra y en el cielo, ante los hombres y ante Dios.”

Esto se dijo en balde, porque no se respondió nada y nadie se presentó.

Entonces Benvenuto dividió su tropa de diez hombres en dos grupos, uno de los cuales dió vuelta al palacio para atacarlo por el lado del Préaux-Clercs, mientras que el otro atacaría del lado de la ciudad.

Aquí nos apartaremos de M. Alejandro Dumas por razon de que partiendo de este punto se divaga completamente en su novela, lo que le toca de derecho á él que las hace tan hermosas, y lo cual no nos autoriza á nosotros á copiarle, pues lo que escribimos es la historia.

Es cierto que podríamos en rigor tomar alguna cosa de Benvenuto Cellini mismo, que ha dejado Memorias interesantes; pero acá entre nos, lector, mucho sospecho que las tales Memorias son de la familia de las novelas de Dumas, y como sobre un punto tan delicado, no osamos aventurar nada, diremos simplemente lo que sabemos; es, que Benvenuto Cellini y sus discípulos, tanto por fuerza como por astucia, consiguieron hacerse dueños del Gran Nesle.

El señor preboste se conformó con el Pequeño, lo que no le ocasionó ningun trastorno, puesto que nunca habia ocupado el Grande.

En medio de estos debates, la torre de Nesle habia permanecido de cierto modo neutral; pero como los neutrales no pueden dejar de ser tarde ó temprano, despojos de los fuertes, el intrépido artista se la apropió y estableció uno de sus obradores sobre la plataforma, á causa de la buena luz que habia allí y del inmenso panorama que se desarrollaba á su vista.

Siete años corrieron, durante los cuales se hicieron maravillas del arte en este dominio: el génio de Benvenuto Cellini parecia aumentar cada dia, y el maestro era admirablemente imitado por sus discípulos, que por sí mismos eran hábiles artistas.

Francisco I, que segun habia dicho no tenia mas que atravesar el Sena para ir á admirar los trabajos de su amigo, se daba frecuentemente este placer, y bajo las miradas animadoras del monarca se hacian prodigios.

Las intrigas de la corte se cruzaron tambien algunas veces por enmedio; Benvenuto Cellini, aunque consumado cortesano habia tenido la desgracia de irritar á la duquesa de Etampes, querida del rey, y esta no perdió ocasion de perjudicarlo; habia tomado bajo su proteccion al audaz preboste, Roberto de Estourville, señor de Villebon, y puso en juego todos los resortes para restituirle el palacio de Nesle todo; pero Benvenuto osó declarar que ni una orden del mismo rey ha-

ria que lo soltase, y que su primer balazo seria para el que le mandase salir de allí, y el preboste, aunque no careciese de valor, acabó por convencerse que seria una locura esponer así continuamente su vida por un hombre tan determinado con motivo de una morada que no podia realmente ocupar y cuyos jardines él mismo habia tenido incultos mientras habian estado bajo su dependencia, y por fin, relaciones de buenos vecinos acabaron por establecerse entre estos dos adversarios.

Lo mas extraordinario de este negocio es, que Francisco I, quien desde su balcon del Louvre habia podido asistir al sitio del Gran Nesle donde tuvo infinidad de muertos y heridos, parecia ocuparse de esto tanto, cual si tuviese lugar á dos mil leguas de distancia de su reino. Eso era debido sin duda al espíritu aventurero de este principe, que amaba las pendencias y los pendencieros, siendo él mismo uno de los mejores espadachines de su tiempo.

Aun la bella duquesa concluyó por hacerse mas tratable para con el artista italiano que por ella engastaba tan maravillosamente las piedras preciosas en el oro y la plata, haciendo piochas, flores y collares que realizaban tanto las gracias de la hermosa y real cortesana, á la que mas de una vez se la vió al salir de los brazos del monarca, atravesar el rio en una elegante barquilla para ir á los talleres del platero.

Es verdad que estas visitas eran causadas algunas veces mas bien por otra cosa que por amor al arte.

Independiente en sus negocios de corazon, los cuales eran numerosos, la gran señora tambien tenia fantasías y caprichos: le gustaba hacerse admirar de aquellos jóvenes y bellos artistas que pululaban en los talleres del maestro, provocar sus miradas inteligentes, ver esas miradas animarse, ver la tintura del deseo esparcirse por sus varoniles y jóvenes rostros, y adivinar entonces los latidos de sus ardientes corazones.

De estas fantasías resultaban muy probablemente algunas aventuras, y puede ser que el señor Dumas haya sido inspirado por la siguiente, publicada en una crónica de la época.

Era la tarde de un bello dia de Junio; la duquesa de Etampes se hallaba hacia ya una hora cara á cara con Clemente Marot; el gentil y galante poeta le leía ses nuevos versos, de los que un gran número habian sido inspirados por ella: medio acostada en un sofá, escuchaba y soñaba á la vez mientras sus dedos jugaban con los cabellos del poeta que estaba sentado á sus piés. Este pasatiempo le era sin duda muy dulce, porque se la vió visiblemente disgustada al anunciarla en ese instante la llegada del rey.

Clemente Marot se levantó haciendo como que iba á retirarse, pero la duquesa le detuvo con el gesto y la mirada, quedándose ella misma en la posicion que se encontraba: solo sus pequeños y bonitos dedos cesaron de perderse voluptuo-

samente en los bucles de la cabellera de Marot. Como Francisco I había hecho en su vida algunos malos versos cual estos:

La muger á menudo varía;
Bien loco es el que de ella se fia.

Como decimos, él había hecho algunos modelos de esta clase, se creía cual el primer poeta de su tiempo: es verdad que el compraba esta estravagancia con la proteccion que tanto á las letras como á las bellas artes acordaba. Si no era un poeta, gustaba de proteger á los poetas, circunstancia atenuante de la cual es preciso hacerle justicia: y ademas, los pobres versos que él producía y que debieron ser olvidados al ser producidos, han quedado para ser transmitidos á la posteridad y esto es un castigo bastante fuerte para conseguir el perdón del pecado.

—Mi muy querida Ana,—dijo el monarca,—es una doble buena fortuna para mí, el encontraros tan bella y tan bien acompañada.

—Señor, eso es una lisonja en lo que concierne á mí: no debo de estar bella porque sufro.

—Habeis, pues, tomado nuestro maestro poeta para médico?

—Señor,—dijo Marot,—he venido á recitar algunos nuevos versos á la señora duquesa, quien á pesar de hallarse indispuesta hoy, les ha querido oír; pues es tan buena y bondadosa cuanto bella.

—Una vez que sois tan bondadosa, querida Ana, no nos rehusaréis la gracia de oír con vos esos nuevos versos nacidos de tan gigante musa.

La duquesa no osó rehusar; pero su preciosa cara, que á la llegada del rey se había enrojecido, enrojeció de nuevo: Marot lo vió bien; pero Francisco I ni se apercibió de ello, pues en casos semejantes los mas interesados son siempre los mas ciegos.

—Vamos, gentil poeta,—dijo ella haciendo un esfuerzo para sonreír,—por espresa orden del rey.

El monarca tomó asiento en el taburete que Marot había dejado, y este último comenzó su lectura: Francisco I se apoderó de una de las manos de la duquesa; ella le dejabahacerlo y suspiraba.

—Maestro Marot,—dijo el rey despues de algunos instantes,—esos son verdaderos hijos del Parnaso, á los cuales no faltará un título de inmortalidad.

—Jamás palabras tan graciosas fueron tan lindamente unidas,—dijo la señora d'Etampes, pasándose la mano por sus ojos cual si hubiese estado abrumada de fatiga.

—Mi muy amada Ana,—respondió Francisco,—cuán doloroso nos es el veros padecer así!

—Señor, no quisiera dejároslo conocer; pero no sabría negar tan evidente verdad.

—A nuestro gran pesar, os dejaremos, pues, en reposo.

A estas palabras, el rey besó la mano de la duquesa que tenía siempre entre

las suyas y se levantó para salir: al mismo tiempo de los ojos de la señora d'Etampes partió un relámpago dirigido al poeta; pero sea que este último no quiso ó no osó comprender, salió detras del rey.

Hé allí el primer acto de un drama que debía representarse algunas horas despues.

La duquesa, lo habrán adivinado sin duda, no padecía absolutamente nada, á no ser que quiera llamarse sufrimiento á esas fantasías, á esos caprichos á los cuales estaba muy sujeta, como lo hemos ya visto. Tan luego como se vió sola, lejos de pensar en el reposo comenzó á idear alguna agradable distraccion que compensase el fastidio que le había causado su real amante, y como en ese mismo día había recibido una deliciosa piocha de perlas y oro esmaltada de los mas ricos colores, regalo que le hacía el rey y obra de Benvenuto Cellini, le vino la idea de ir á hacer cumplimientos al artista con motivo de aquella nueva pieza modelo.

Unos instantes despues, una barca se detenía en la puerta de agua de la torre de Nesle.

El barquero tocaba esta puerta.

Un discípulo de Benvenuto Cellini fué á abrirla, y una muger hermosa y elegantemente vestida salía de la embarcacion y deslizaba sus pequeños piés por la primera grada de la escalera que el platero había hecho reparar recientemente.

Esta elegante persona era la duquesa d'Etampes.

El discípulo que le había abierto la puerta era el preferido de Benvenuto Cellini.

La crónica no dice su nombre; tal vez se llamaria Ascanio, tal cual le llama M. Dumas; pero como es en una novela en la que el célebre escritor ha dado ese nombre al discípulo preferido de Benvenuto, no nos atrevemos á afirmar que se llamase así.

Lo que sí es verdad es, que este discípulo era un bello muchacho de veinte años, de ojos negros y bien hechos, de un aire resuelto, y de formas bien delineadas y perfectamente acentuadas.

—Ah! señora duquesa,—dijo él inclinándose respetuosamente,—el maestro se pondrá desesperado.

—De verme en su casa?—preguntó Ana, sonriendo graciosamente.

—Al contrario, de no veros, señora, porque está ausente en este momento.

—Estoy verdaderamente desolada,

La gran señora mentía.

Lejos de tal desolacion, sus ojos revelaron lo contrario y daban un mentís formal á sus lábios.

—Por fortuna,—respondió ella,—la casa no está desierta, y se me podrá conducir á los talleres donde el rey me ha dicho haber visto últimamente cosas bellas y maravillosas.

—Para eso, señora, estoy á vuestras órdenes; las que me será grato obedecer respetuosamente.

—Empecemos, pues, por visitar lo que hayáis hecho últimamente en esa torre, la cual se vé cubierta enteramente de vidrios allá arriba.

—Allí, en efecto, el maestro ha establecido su taller de dibujos y grabados, á causa de la bella y gran claridad que hace.

La duquesa, volviéndose hácia la barca, hizo seña á las mugeres que la habian acompañado de quedarse: despues apoyándose dulcemente sobre el brazo del jóven, comenzó á subir la escalera.

—Verdaderamente!—dijo al llegar al primer piso,—esto no es tan lúgubre como se dice, y Margarita de Borgoña, así como tambien la reina Juana é Isabel de Baviera, no tuvieron tan mal gusto de haber hecho aquí su pasajero asilo.

Al dulce contacto de la mano de Ana, el discípulo de Benvenuto Cellini se habia conmovido vivamente: la duquesa sentía con voluptuosidad latir este jóven y ardiente corazon sobre el cual habia puesto su mano. La señora d'Etampes dijo:

—Esos tiempos están léjos de nosotros, y ademas, al presente, aquí no son necesarios ni guardias, ni esbirros.

—Es verdad, señora duquesa,—respondió el jóven artista,—porque nadie mas que yo, habita ahora en esta torre, á donde el maestro solo viene á las horas del trabajo.

—Ah! vd. vive aquí...solo?

—Solo, señora: la única pieza que está amueblada, me la ha dado el maestro y es, segun dicen, la que ocuparon la reina Isabel de Baviera, y últimamente la señorita Blanca, hija del duque Juan de Berry.

—Esos son recuerdos que deben daros vivas emociones.

La palabra habia sido bien aventurada; pero la duquesa, buscaba ella misma emociones, y una gran señora en casos como el presente, se hace audaz.

El jóven artista no respondió.

Su corazon latía con tal fuerza, que parecia querer romper el pecho, y la señora d'Etampes de quien la mano estaba siempre puesta sobre el brazo de su conductor, contaba esos latidos con una especie de enagenamiento.

—Pero puede ser, dijo ella,—que vd. ignore lo que pasó aquí en el tiempo de las reinas Juana é Isabel?

—Yo sé, señora duquesa, que aquellos á quienes hacian dichosos en este lugar pagaban con la vida su felicidad.

—Eso era demasiado caro, no es verdad?

—Oh! señora.....

—Por qué titubear para decir, sí?

—Es, señora duquesa, que no sé decir qué es lo que pienso.

—Y qué piensa vd. respecto á esas bellas reinas, caballerito?

—Pienso, señora, que hay favores que no tienen precio: que hay ciertas horas por las cuales, uno puede hacer sin titubear el sacrificio de la vida....

—Pero parece, jóven, que sufris la influencia del lugar. Por fortuna, las princesas no hacen al presente matar á las personas que aman.

—Señora duquesa, piensa vd. por ventura que la muerte es siempre una desgracia?

—Oh! niño, no nos embarquemos en tan lúgubre bajel.

Continuaban subiendo siempre; pero muy lentamente: en cada grada madama d'Etampes se detenía aprocsimando lo mas que le era posible su rostro encantador al del jóven, á fin de que pudiese beber en el fuego fascinador de sus miradas.

Ambos llegaron, pues, de este modo al segundo piso.

—Esto es mucho subir,—dijo la duquesa,—y no podré ir mas léjos sin descansar un poco.

—Señora, aquí es precisamente la morada de vuestro humilde servidor.

—Y con el dedo señalaba la puerta de su cuarto.

—Aquí?—dijo la duquesa bajando los ojos.

—Aquí, señora duquesa....este lugar histórico.....

—Dios mio! qué cosa tan traidora es la curiosidad.....

Ella aparentaba no atreverse á ir hácia aquella puerta que su guia le señalaba cuando moria de deseos de verla abierta.

La cara del jóven ardia; temblaba sin embargo, y solo osaba levantar sus ojos á hurtadillas para fijarlos en los de la bella duquesa. En fin, hizo un esfuerzo supremo y dijo:

—Señora, una vez que necesitais descanso, por gracia, permitidme que os ofrezca un asiento.

Sin esperar respuesta va hácia la puerta, hace mover la cerradura, y despues con la ansiedad de un hombre que juega toda su fortuna en una carta, se vuelve hácia la señora d'Etampes, quien con la sonrisa en los lábios habia ido tras él.

—Verdaderamente este es un bonito retrete,—dijo ella, bajando un poco su cabeza.

—Oh! señora, no lo podeis juzgar bien desde aquí, si os aprocsimáseis á esta ventana que dá hácia el agua.....

—Vamos,—dijo ella,—mi curiosidad no quedará á medias, y vd. caballerito, tendrá que acusarse de habernos inducido á la tentacion.

—Señora duquesa, no es un pecado el visitar á los pobres.

—Oh! el génio os hace rico, señor!—esclamó madama d'Etampes, quien ya habia entrado al retrete y cuyas miradas acababan de ser heridas por una multitud de objetos del arte que se hallaban en estado de ejecucion.

Con paso resuelto, se adelanta, y vé con admiracion todos los pequeños modelos que decoraban la habitacion del artista y á cada paso prodigaba nuevos elogios al discípulo preferido de Benvenuto Cellini.

—En verdad,—dijo ella, al encontrarse cerca de la ventana,—que esas bellas reinas de los tiempos pasados al pensar solo en los placeres en un tan lindo lugar como este, no debían haber sido tan inhumanas como se les acrimina. Pero pensar solo en matar! apenas puedo creerlo.

Al decir esto, tomó un asiento é hizo sentar cerca de ella al joven, quien poco á poco iba perdiendo la timidez.

—Señora duquesa,—dijo él,—soy acaso tan dichoso que esos bosquejos de mis obras que estais viendo han hecho nacer en vos tan dulces pensamientos?

—No habéis así, niño, porque en verdad no sabré decir cuáles son todas las ideas que me asaltan en este asilo maravilloso... Mas decidme, acaso ellas no os han hecho vagar alguna vez en lo ideal?

—Oh! muy á menudo, señora.

—Y bien, decid cuáles eran vuestros sueños.

El joven artista se sonrojó.

—Es que... señora duquesa... dijo todo balbuciente.

—Son acaso grandes misterios?—preguntó la linda cortesana, impregnando á sus palabras toda la seducción imaginable.

—Los sueños son tan osados, señora.

—Y bien, la audacia nos agrada, niño, y los audaces son nuestros. Así, pues, si lo sois, probadlo con decirnos la verdad entera.

—Y me perdonaréis...

—Os perdonamos con anticipacion, y si hay algun pecado, lo tomamos sobre nuestra conciencia.

La tentacion era en verdad demasiado fuerte: el joven artista sintió desaparecer en el instante la timidez que hasta entónces le habia paralizado, y dejándose deslizar de su asiento calló de rodillas ante la seductora Ana.

—Me haceis una confesion?—dijo ella ruborizándose un poco.

Sí, tal vez fué una confesion; pero nosotros no lo sabremos afirmar, así como tampoco sabremos decir el tiempo que pasó hasta el momento en que un nuevo personage apareció en aquellos lugares.

Francisco I, así como su bella querida se fastidiaba algunas veces, porque el fastidio es el mal que Dios ha dado en la tierra á los que son dichosos. En ese dia, fastidiado algo mas que de costumbre, el rey caballero erraba en los vastos departamentos del Louvre.

Cansado de recorrer los parques, se dirigió al balcon, y con gran sorpresa apercibió de léjos la barca que llevaba á la duquesa d'Etampes á la torre de Nesle. Sin embargo, dudó: despues no pudiendo recusar el testimonio de sus ojos, se imaginó que la bella Ana habia ido quizá á encargar á Benvenuto Cellini alguna nueva joya. Mas se quedó en el balcon, y su sorpresa no tuvo límites cuando vió aparecer por una de las ventanas de la torre el busto de la duquesa, á quien reconoció perfectamente, á pesar de que ella solo estuvo un instante.

—Pero es imposible!—esclamó él entrando á sus aposentos:—esa querida Ana padecía tanto hace una hora!

Y se pegaba en la frente á fin de encontrar la descripcion del enigma, sin poderle hallar.

Le hubiera bastado sin embargo para lograrlo el recordar los dos versos escritos por él sobre un vidrio con un diamante y que nosotros hemos ya citado:

La muger á menudo varía,

Bien loco es el que de ella se fía.

Tal era en efecto la esplicacion de este misterio: *La muger á menudo varía...* Y la duquesa de Etampes, siendo muger por excelencia, variaba muy á menudo: hé aquí por qué despues de haberse recreado con el poeta Clemente Marot, y de haberse fastidiado con el rey de Francia, habia ido á buscar nuevas distracciones á la torre de Nesle.

Esas distracciones parece que la gran señora las habia encontrado cerca del discipulo predilecto de Benvenuto Cellini, porque se pasó una hora entera ántes que ella volviese á aparecer en la ventana donde su real amante la vió de nuevo; pero esta vez, vió aún otra cosa, á saber, un fresco y joven rostro de hombre en el que un negro bigote comenzaba á sombrear el lábio superior.

Parece que esta vez el rey comprendió ó creyó comprender, por qué palideció y enrojació su rostro sucesivamente: dió en el suelo con el pié y pidió que se le preparase una barca, ordenando al mismo tiempo al capitán de sus guardias que se dispusiese á seguirlo.

—Por la muerte de Dios!—murmuró al acercarse á las orillas del rio,—enseñémos á todos que por ese lado no nos parecemos al pobre insensato de Carlos VI, y sí que mas bien tenemos el humor de Luis el Altanero.

El monarca cerraba los puños: sus ojos brillaban y puede ser que tuviese razon para ello; pero hacia mal en comparar este accidente á aquellos por los cuales habian tenido que pasar muchos de sus predecesores, porque él era rey, y no era la reina la que en aquel momento estaba en la torre de Nesle, y aun la que estaba se puede asegurar que no tenia ningun proyecto homicida.

Pero en casos como aquellos, él no era rey ni pastor que goza de una gran lucidez de espíritu. Francisco I en aquel instante, estaba enamorado y tenia celos: así es que su sentido comun se hallaba bajo la influencia de aquellos sentimientos.

Bien pronto, la barca real se detuvo á la puerta de la torre, la cual se abrió casi en el mismo instante, porque aquel era el camino que el rey tomaba ordinariamente para ir al Gran Nesle, y sus visitas bastante frecuentes para que se admirasen de verle llegar tan de improviso.

—Está Benvenuto en esta torre? preguntó bruscamente.

No, señor, respondió uno de los discipulos del gran artista, y tendrá mucho pesar por no haberse hallado hoy aquí.

—No le ha venido ántes que nos, alguna visita importante?

—Señor, hemos tenido la honra de recibir á la señora duquesa de d'Etampes, que así como V. M. vino á ver al maestro.

Un ligero frío corrió por las venas del rey. Hasta entónces, le habia alimentado la esperanza de haberse equivocado, y se habia afianzado mentalmente á ese brazo de salud. Ahora, la duda no era ya posible: era Ana aquella á quien habia visto: era sobre una de las blancas espaldas de aquella adorada querida, que habia visto dulcemente apoyado el rostro de un jóven.

—Y no habiendo encontrado á Benvenuto, se retiró la señora duquesa? preguntó con el aire mas indiferente que pudo tomar.

—Señor, la señora duquesa quiso visitar el taller de dibujos y grabados que el maestro ha establecido en lo alto de esta torre, y aun no ha bajado.

—Qué encuentro tan feliz, dijo el rey, quien tratando de sonreír hizo un gesto bastante feo: que nos lleven, pues, á esa torre, y sin esperar el guia, Francisco se lanzó á la escalera, la cual subió con rapidez.

Felizmente, habia ya pasado bastante tiempo desde la primera aparicion de la Sra. d'Etampes en una de las ventanas de la torre, á la llegada del rey, así es, que la gran señora que dejamos con el jóven artista en el aposento que habia sido el de Margarita de Borgoña y de Isabel de Baviera en disposicion de recibir toda clase de dulces emociones, se hallaba ahora, en compañía del discípulo querido de Benvenuto, en el taller de dibujo establecido en la plataforma de la torre.

Por pedido de la duquesa, el jóven artista habia tomado sus lápices para dibujar algunas flores.

Ana admiraba; al verla, se habria dicho que su alma, toda entera, habia pasado á sus ojos.

—Oh! qué cosa tan linda!—decía ella.—Niño... queremos guardar en nuestro poder esa querida prueba de vuestra habilidad:—y al decirlo, sus lindos dedos jugaban con la negra cabellera del artista, como habian jugado algunas horas ántes con la del poeta.

Tal era la situacion cuando el rey se apareció en aquel aposento.

Una muger comun, arrastrada por un primer amor, se habia visto en gran dificultad para salir de un paso tan crítico; pero Ana no era una muger vulgar: era una gran, una muy gran señora, que despues de su primer amor habia tenido otros muchos, y su esperiencia era ya tan grande, la costumbre del peligro en esos casos le era tan familiar, que al ver al rey, apénas dejó entrever una ligera sorpresa.

—Ah! señor,—dijo ella,—V. M. ha estado mal inspirado al venir á sorprendernos así.

—Esta desgracia ha tenido lugar hoy con frecuencia, señora; pero nos consolamos al ver la presteza con que se ha recobrado vuestra salud.

—Señor, para ello, he hecho uso de un remedio del cual conozeo el poder, pues le he experimentado muchas veces.



En esto decia verdad la bella cortesana, pues le habia usado con tanta frecuencia, que sus efectos le eran muy conocidos; pero fué necesario ser muy audaz para haber entrado con tanto descaro al corazon de la cuestion.

Francisco I estaba en ascuas.

—Señora,—le dijo con voz alterada por la cólera, la cual apenas podia dominar,—tenemos curiosidad en conocer un remedio tan bueno y de tan maravillosos resultados.

—Ah! debiaís adivinarlo al momento, señor.

Y acompañó sus palabras con una de esas miradas penetrantes é irresistibles que hubieran hecho caer aun los santos á sus piés; pero el rey estaba en una situacion de espíritu que no era fácil de calmar.

—Será, pues, señora,—le dijo,—que encontréis alivio á todos vuestros males haciendo que vuestras manos jueguen con los cabellos de nuestros poetas y artistas.

—Señor, eso que decís, es el efecto: la causa es mucho mas elevada, grande, gloriosa, amable y amada.

El rey no comprendió nada; pero la seguridad con que hablaba su bella querida, calmó un tanto su irritacion, y se reprochaba para sí el no haber comenzado à tratar la materia en un tono mas amistoso, pues aquello que habia visto y aún lo que no habia visto, bien podia haber pasado con la mayor inocencia.

—Y nos diréis cuál es esa causa con seguridad?—la dijo con una voz sumamente dulce.

—Pues que lo ecsigís, señor, os diré que no es otra cosa, mas que negros vapores, males del alma y del corazon que no podria disipar si no es ocupándome del mas gran rey del mundo, de un príncipe del cual el valor y el poder, igualan al genio, y en el corazon del cual no tengo por desgracia mas que un lugar muy pequeño.

El golpe fué vigoroso.

Por mas acostumbrado que estaba á ataques rudos de este género, Francisco I fué sorprendido.

Pero su modestia no podia sufrir mas y no dudò ni un solo instante que él no era ese gran rey del mundo con cuyo solo recuerdo los negros vapores de la duquesa quedaban sanos: verdad es que habia curado algunos; pero hacia mucho tiempo de eso y el monarca *adorado* rayaba ahora en los cincuenta años, edad en la que ni reyes ni otra clase de personas hacen ya tales prodigios.

—Cómo! querida Ana,—dijo modestamente,—es de nosotros que os ocupábais?

—Señor, para curarme habia pedido al gentil poeta Marot, versos nuevos en honor de V. M., y no quise dejárselos leer delante de vos, proponiéndome decirlos yo misma. Vuestra llegada rompió la conferencia, y entonces tuve la idea de venir á pedir á vuestro gran artista una de sus obras modelos para vos mas

no habiéndole encontrado, quise poner á la prueba el talento de su mejor discípulo. Pero mirad, señor, mirad cómo esas bellas flores desp'egan sus hojas bajo ese hábil lápiz!

Y tomando el dibujo delante del cual el dichoso discípulo de Benvenuto habia quedado inmóvil y muy poco satisfecho, lo presentó al rey añadiendo:

—No es verdad que estas rosas quedarán deliciosas cuando Benvenuto las haga reproducir en oro esmaltado?

El diseño era en efecto muy bello.

La fiebre del amor habia inspirado el genio del artista, y se habia lucido.

—Oh! mi muy querida Ana, cuán culpado soy!—dijo el rey.

El semblante de la duquesa, que se habia oscurecido algo, se puso radioso.

Habia sido atacada de improviso, y sin embargo, habia vencido.

La victoria era entera, completa.... El vencido pedia gracia!

Esa era mucha gloria!

Y advertid sin embargo que ella en una gran parte decia la verdad: habia puesto realmente el talento del jóven artista á la prueba; las pruebas estaban allí y Francisco I no podia rehusarlas.

Margarita de Borgoña, sus cómplices, é Isabel de Baviera solo habian sido ardientes y crueles en aquellos lugares: la señora d'Etampes se mostraba hábil, y donde las primeras habian encallado, ella triunfaba.

Despues de un instante de silencio durante el cual la real cortesana saboreaba deliciosamente su triunfo, el rey, dirigiéndose al jóven artista de quien la ilusion acababa de evaporarse y cuyo continente era cada vez mas embarazado, dijo:

—No queremos interrumpiros por mas tiempo, señor aprendiz, que tocais tan de cerca á vuestro maestro: ni es á nosotros tampoco á quienes toca corregir nada de esta obra, señora d'Etampes, siendo el mas hábil de lo que podriamos ser.

Esto demostraba, que el enojo habia concluido, y que todo marchaba lo mejor posible: por supuesto entre el rey y la duquesa, porque respecto al discípulo de Benvenuto Cellini era todo lo contrario: despertaba bajo el peso de una influencia odiosa, despues de haber tenido un delicioso sueño.

Pero todo es decepcion en esta vida, en esta vida en la cual el pobre niño comenzaba á entrar.

Un furor terrible, una desesperacion inmensa se apoderó de él al ver que la duquesa dando el brazo al rey, se alejaba alegremente, aun sin pagar con una sola mirada las torturas que le hacia pasar.

Francisco I conducia á la real cortesana al Louvre, la que bajo una satisfaccion aparente, ocultaba una secreta y muy viva inquietud, de la cual hé aquí el motivo.

Habia hablado de versos nuevos á honor del rey pedidos por ella á Clemente Marot. Nada de esto habia pedido al poeta, quien alegre é incapaz de mentir como lo son todos los hombres de una naturaleza generosa, se veria muy embara-

zado en responder á cualesquiera cuestion, por simple que fuese, que Francisco I le hiciese sobre tal objeto, y si respondia la verdad sin embarazo, abria entonces un abismo á los piés de la señora d'Etampes.

El caso era grave; y cada momento se agravaba mas aún.

—Mi muy querida Ana,—dijo el rey tan luego como estuvieron de vuelta en la real habitacion;—no mas misterio: sufrid el que hagamos venir al gentil poeta, que casi siempre inspirais tan bien.

—Oh! mi rey querido, en este instante, no quiero tener ningun testigo de mi gran felicidad.

—Pero un poeta, Ana querida, no es un testigo, no es un hombre..... es la inspiracion, es el soplo divino, es una cosa que transporta, ecsalta, dilata el corazon.... y ademas, Ana, no quieres que me recite esos versos que por tí ha hecho para gloria mia?

—La situacion para la señora d'Etampes se ponía escesivamente grave: Francisco I era tenaz, ella lo sabia; pero no era muger que sucumbia sin combatir en tales casos.

—Querido señor,—le dijo con una voz que parecia casi desfallecida, aparentando la mas viva emocion:—si tanto os gusta la poesia, seamos hoy poetas el uno para el otro; pero el uno para el otro solamente, porque á ménos que no me echeis de vuestro lado, yo no os dejaré sino hasta mañana.

Francisco I, que hacia tan bellos dísticos, no habia hecho este

Lo que quiere la muger

Dios lo quiere.

El no lo habia hecho; pero esto no le dispensaba de tener que ser obediente, y así lo hizo rindiéndose á los deseos de la duquesa d'Etampes, la cual acababa de componer todas las eventualidades con pedir al otro dia á Clemente Marot, los versos que el rey tenia tanta curiosidad de oír, creyéndolos hechos, cuando ni aun la idea habia sido concebida.

Cómo concluyó esta intriga de la bella Ana? Esto es lo que la crónica no dice; pero es probable que todo quedó en el mismo estado hasta la muerte de Francisco I acaecida en 1547.

Qué se hicieron, pues, Benvenuto Cellini y los otros habitantes del hotel de Nesle? Es lo que nadie sabrá decir de un modo cierto. Sin duda volvieron á Italia, á esa estensa patria de las bellas artes. Sobre este punto nos faltan noticias positivas: de lo que sí no hay duda, es, que á la muerte de Francisco I, el hotel de Nesle volvió de nuevo al dominio de la corona, y de ello dan pruebas las ordenanzas de Enrique II en 1550, que dieron creación en el hotel de Nesle á muchas fraguas para la construccion de piezas de dos centavos seis dineros, piezas á las cuales el pueblo dà el nombre de *seis blancas*, que ecsisten aún hoy, aunque las piezas de dos centavos y medio han desaparecido hace mucho tiempo.